

MICHAEL HOWARD

LA GUERRA EN LA HISTORIA EUROPEA

**UNA HISTORIA SENCILLA DE LA GUERRA EN EUROPA EN EL
ÚLTIMO MILENIO**

Por José M^a. Romero Serrano

*Michael Howard, War in European History (1976);
Oxford University Press.*

Howard es *Regius Professor* de Historia Moderna y componente del *Oriel College* de Oxford. Es un hombre de formación en estudios históricos y ha ostentado la presidencia de los Estudios de Guerra en la *Universidad King* de Londres. Es vicepresidente del prestigioso Instituto Internacional de Estudios Estratégico. Tiene publicados libros sobre «Estudios en guerra y paz» (1970) o «La Guerra Franco-prusiana» (1981). Es colaborador habitual en revistas de estudios estratégicos y coeditor de una de las más apreciadas traducciones del libro «De la guerra» de Clausewitz (*Princeton Univ.P.* 1976). En España, en círculos estratégicos y de defensa, es conocido principalmente por su obra *Las causas de la guerra* (1983) recogida en Ediciones Ejército nº 20.

La obra que nos ocupa es un breve relato que versa sobre el estudio de la guerra en Europa en el último milenio. Su exposición es atinada, precisa, en algunos párrafos impactante y siempre con juicios de alto valor, sin aportaciones innecesarias. Esta concisión hace que la obra no tenga fisuras y precise una lectura concentrada pero apta para todos los públicos, pues su principal virtud es la sencillez.

Sin embargo, no debemos esperar una obra perfectamente regulada y sistemática, con un guión definido para cada capítulo. Los episodios se solapan, pero sólo con una motivación clarificadora.

El libro está dividido en siete capítulos más un epílogo, sumando unas 150 páginas. La división obedece a los principales actores de la guerra en el periodo estudiado. Así, empieza por *las guerras de los Caballeros*, para continuar con las de *los Mercenarios, los Mercantes, los Profesionales, las guerras de la Revolución, de las Naciones, de los Tecnólogos* y terminar con la *Era Nuclear*.

Aún exponiendo el autor su intención de estudiar el último milenio, tal vez hubiese sido conveniente una introducción de la guerra clásica, en Grecia, Macedonia y Roma, donde se sientan las bases del modelo militar occidental. Obviado este periodo y tras citar el fin de la «Pax Romana» y las invasiones bárbaras, el autor arranca con el primer capítulo:

Las guerras de los Caballeros. El feudalismo como respuesta socio económica al desgarramiento del Imperio, la tierra como única fuente de riqueza, el castillo como símbolo efectivo del poder militar y el caballero con armadura como protagonista principal, caracterizan este periodo.

Situado en el Imperio Carolingio, el caballo era el único medio que proporcionaba la movilidad necesaria para *hacer frente a las amenazas periféricas*. El caballero, constituía a su alrededor un equipo, la «lanza», como modelo básico de organización militar, aunque el combate tuviera, en definitiva, un carácter singular. Todo giraba en torno a él: las Órdenes Militares, el código de conducta, el «servitium debitum»...«La supremacía de la caballería en la Edad Media había sido más de carácter moral y social que técnico». Sin embargo, finalmente, el arco largo, las picas, el cañón y el arma de fuego portátil «degradaron la guerra, situando a los nobles caballeros a merced de los villanos».

Las guerras de los Mercenarios. Considera la fuerza de Carlos VIII como el primer ejército moderno. El caballero, como elemento central en la organización militar feudal, de carácter único, ofensivo y defensivo, daba paso a un conjunto interarmas que combinaba la acción de los anteriores con los piqueros suizos y la artillería alimentada con sus trenes. Pero fue el modelo español, los Tercios, los que combinaron a la perfección las posibilidades técnicas de la época y la organización militar, basada en un ejército profesional nacional y después mercenario.

El soldado mercenario necesitaba de una continua atención. Si los recursos fallaban, desertaba. En ninguna época se cumpliría mejor el dicho: «pecunia nervus belli» o «pas d'argent, pas de suisses». Por otro lado, la artillería que derribó fácilmente los castillos urgió el desarrollo rápido de la fortificación priorizando la defensa en profundidad. Es más, «la fortificación de este tipo se esparció por toda Europa más como un hecho de prestigio civil que como una necesidad militar». Este desarrollo espectacular de líneas, ciudadelas y plazas fortificadas propició un nuevo tipo de guerra. «Este tipo de guerra de trincheras, tediosa, peligrosa, mortalmente insana, llegó a ser la forma usual para el soldado europeo durante 200 años».

En suma, la proliferación de las fortificaciones, la supremacía de la defensiva en el campo de batalla, la carestía de las tropas mercenarias y la precaución de sus jefes militares, hicieron de la guerra una cuestión indecisa y prolongada.

Las guerras de los Mercantes. En el s.XVII, comercio y riqueza eran equivalentes. El comercio era necesario para sostener las guerras y mantener el poder político.

En este siglo se llevan a cabo importantes expansiones y ocupaciones de carácter comercial. Ingleses, franceses y holandeses compiten por establecer las grandes compañías de indias. Estas compañías llevan sus propios componentes armados, que Colbert los describe como verdaderos ejércitos, de tal manera que «la guerra, el descubrimiento y el comercio fueron casi términos intercambiables».

En este periodo, en consecuencia, se produce un profundo desarrollo de la técnica naval. Aparece el buque de línea, se modifican las tácticas navales, surge el combate oceánico, las grandes flotas y la protección de convoyes. Se hace de la piratería y el corso una práctica habitual. «Interceptar sus tesoros...cortar sus líneas de comunicaciones y hacer la guerra con su dinero» era la estrategia de Hawkins. Incluso una derrota naval puede comprometer todo el sistema comercial de un estado por un periodo prolongado, como fue el caso de la flota española en Matanzas en 1628.

Las guerras de los Profesionales. Se corresponde con el s.XVIII. Este capítulo sintoniza con claridad lo que son los Estados dominantes y sus ejércitos. Es el tiempo en que se consolidan las monarquías, se crean férreos regímenes de poder absoluto que manifiestan su poder con la creación de ejércitos profesionales.

La posición geopolítica determinaría unas características y un uso diferente para cada uno de ellos. Así, Inglaterra, dominadora en el mar, mantendrá el ejército como una opción no esencial. Prusia hará de él su espina dorsal; citando a H. Delbrück, «La historia de la formación del ejército...es simultáneamente la historia del estado prusiano». Federico Guillermo I integrará a la sociedad en su modelo de ejército, asignando al cuerpo de oficiales la nobleza y los campesinos, los sin ocupación y los extranjeros, para nutrir sus filas. Este ejército, instruido y muy disciplinado, evolucionará en el campo de batalla como una máquina perfecta («they performed like automata»).

Las ricas Provincias Unidas se permitirán mantener, regularmente pagado, un ejército eficaz, basado en la disciplina y su capacidad de instrucción («dig and drill»), concedores de que su esfuerzo principal se realizaría en el mar. Mauricio de Orange fue el primero que advirtió la primacía del fuego y adecuó a él sus formaciones y procedimientos.

El rey sueco Gustavo Adolfo creó un ejército nacional, en el que servía un hombre de cada diez durante doce años, contribuyendo el resto con sus impuestos para proporcionar los equipos militares. A medida que fueron aumentando sus necesidades fue contratando extranjeros, hasta formar un ejército de 140 mil hombres, de los que sólo el 10% eran suecos, mantenidos en guarniciones propias y no pagados. Con un interés inicial centrado en el Báltico, fue extendiendo sus expediciones militares hacia Alemania sin una finalidad estratégica definida. En el aspecto táctico fue un maestro en la cooperación interarmas. Su artillería ligera de campaña y la infantería formada en filas con seis hombres en profundidad, proporcionando un fuego continuo, propiciaba la carga decisiva con arma blanca de la caballería en compacta formación.

La importancia del número se hizo sentir cada vez más. Luis XIV de Francia, en 1680, mantenía un ejército de 300 mil hombres, lo que originó la creación de la intendencia para satisfacer sus necesidades.

Ejércitos numerosos, recursos limitados...hizo que las campañas se planeasen para el final de la primavera y que el secreto de la guerra radicase en que el enemigo muriese de hambre.

«Las guerras eran las guerras de los reyes», inconclusas y limitadas pero en las que sobresalieron grandes conductores militares: Turena, Eugenio de Saboya, el Duque de Malborough, Federico el Grande...los cuales experimentaron el mismo rechazo hacia las batallas sangrientas que lo hicieron sus predecesores mercenarios dos siglos antes.

La guerra, que «la Ilustración rechazaba como el necesario destino de la humanidad», tendría durante el s.XVIII un carácter limitado.

Las guerras de la Revolución. Este periodo breve e intenso, a diferencia de los anteriores está muy bien delimitado: transcurre entre 1792 y 1815. A él fluyen una serie de esfuerzos diversos y que convergerán en un hombre: Napoleón Bonaparte.

Las experiencias militares de finales del s.XVIII van a desembocar en un periodo revolucionario. Los armamentos serán muy similares a aquellos utilizados por Federico el Grande, pero se empezará a usar el modelo orgánico de las divisiones, lo que facilitará la utilización simultánea de distintas rutas; el uso de tiradores irregulares, adelantados a las formaciones y camuflados en el terreno; el combate de reconocimiento y el uso de la descubierta (caballería ligera a vanguardia)...

En el orden táctico, las preferencias durante el s.XVIII oscilarán entre el orden lineal prusiano, el orden profundo defendido por Folard y el orden mixto de Guibert. La columna de ataque será el orden preferido por el ejército revolucionario.

La nueva composición orgánica propiciará el llamado sistema divisionario, ideado por Bourcet en 1775 en sus *Principios de las guerras de montaña*, y que consiste en marchar separados pero mutuamente apoyados para posteriormente converger sobre el enemigo.

Las reformas en la Artillería hicieron posible la homogeneización de sus materiales, ganando en movilidad y precisión (Gribeauval). Su aplicación en masa, unida a la acción de la infantería «en el punto donde deseamos romper al enemigo..., da resultados decisivos» (Jean y Joseph du Teil).

Los aspectos arriba indicados formarán en la mente de Napoleón un sistema de operaciones en un hombre capaz de «visualizar una campaña como un todo». De formación como artillero, expresará así su idea: «Los planes estratégicos son como los sitios; concentra el fuego contra un único punto. Una vez conseguida la brecha, el equilibrio salta por los aires y todo lo demás resulta innecesario».

Para sus victorias ideó dos esquemas estratégicos: *desde la posición central*, utilizado en Italia en 1796 y en Waterloo, y *hacia la retaguardia*, practicado en Ulm en 1805.

Para sus operaciones confiaba en que las tropas se alimentaran directamente del terreno.

En otro orden de cosas, el bloqueo británico, exponente definitivo de una guerra económica, resultó decisivo en el resultado de la guerra.

Pero el elemento más extremo de la reforma militar fue presentado por un civil, Lazare Carnot, organizador del ejército revolucionario en el que aglutinó cerca de un millón de hombres: «No más maniobras, no más arte militar, sino fuego, hierro y patriotismo». O con una expresión muy próxima a la guerra total, a la que también contribuyó con su leva en masa: «La guerra es de condición violenta...Debemos exterminar, (exterminar hasta el final!)».

Las guerras de las Naciones. Pero después de la tempestad revolucionaria los ejércitos volvieron a los viejos usos del s.XVIII: oficiales aristocráticos y tropas profesionales en la defensa de la nación.

Sin embargo, una corriente de estudio y formación militar se está abriendo paso. Se crean las principales escuelas militares: el Royal Military College (1802), la de St. Cyr (1808), la Kriegskademie (1810), la Academia Imperial Militar rusa (1832), y aparecen las obras sobre pensamiento y arte militar inspiradas en Napoleón y las guerras de la Revolución. Son textos eminentemente didácticos y sus autores, Jomini, Willisen, Clausewitz..., serán estudiados en las citadas academias.

Por otra parte, desde 1815 hasta 1914, así como la revolución en las comunicaciones iba a transformar la estrategia, la revolución en el armamento transformaría la táctica. La máquina de vapor, el ferrocarril, permitiría a los franceses en 1859 concentrar en 11 días 120 mil hombres, que de otro modo hubieran tardado 2 meses. Los fusiles de aguja Dreyse, Chassepot, los nuevos cañones Krupp, los explosivos y las ametralladoras elevarían la mortandad del campo de batalla.

Las anteriores experiencias fueron aplicadas magistralmente por los prusianos en 1871, de tal manera que sus «instituciones, el servicio militar obligatorio, los ferrocarriles estratégicos, las técnicas de movilización y, sobre todo, el Estado Mayor General, fueron copiados por todos los estados en el continente europeo».

Las guerras posteriores demostraron el número insoportable de bajas que las nuevas armas producían. Algún observador, como Ivan Bloch en su libro *La guerra del futuro* (1898), concluyó diciendo: «ya que ahora era estadísticamente imposible para los atacantes triunfar, la guerra ya no sería por más tiempo un instrumento viable de la política». Sin embargo, cuando los prusianos abandonaron la política de Bismarck y Francia firmó con Rusia la *Entente* en 1891, la guerra ya sólo era cuestión de tiempo.

Militarismo, nacionalismo, socialismo, pacifismo... todos ellos convivirían en este final de siglo. El primero como una aceptación de los valores del estrato militar como los valores dominantes de la sociedad, por ejemplo, el sistema jerárquico y la subordinación a la organización. «Hacia el final del s.XIX la sociedad europea estaba militarizada en un alto grado... Las fuerzas armadas estaban consideradas, no como parte de la corona, sino como la encarnación de la nación». Fueron estas sociedades las que arrojaron sus vidas en la guerra del 14, en el despertar de la guerra total.

Las guerras de los Tecnólogos. «La tecnología en el s.XIX hizo posible la producción en masa de las armas que, fueron progresivamente no solo más efectivas sino también más fáciles de manipular».

Las mejoras, algunas espectaculares, se producirían en los componentes aéreo, terrestre y naval y abrirían nuevas opciones estratégicas.

En la guerra naval se iba a pasar de los buques de madera de Nelson, de 2000 toneladas, a aquellos de finales de siglo de 20 mil y de grandes cañones. Se produciría una frenética competición entre los ingleses y los franceses, rusos y alemanes. El buque resultante, el acorazado, «era un símbolo inequívoco de poder y orgullo nacional, incluso más significativo para la era industrial que los ejércitos terrestres», dando a entender los logros tecnológicos de la nación en su conjunto. Y no había indicador más clarificador del cambio que se estaba produciendo en el sistema internacional que el hecho que en 1898 y 1904 las flotas española y rusa fueran batidas por dos potencias navales no europeas.

Por otro lado, el desarrollo de los submarinos oceánicos abrió un nuevo capítulo en la historia de la guerra naval, provocando la aparición de un pensamiento estratégico naval de corte defensivo en Inglaterra.

La aportación inicial de la aviación como un aspecto complementario de la batalla terrestre (el reconocimiento), fue superado por la capacidad no sólo de ser los ojos de la artillería, sino de sustituirla.

Así, «los primeros entusiastas del poder aéreo estaban interesados no en mostrar lo que las fuerzas aéreas modificarían de la naturaleza de la guerra terrestre y naval, sino en que la harían innecesaria». El centro de gravedad de la guerra no serían los ejércitos, sino la población civil, y como sostenía Giulio Douhet, las fuerzas aéreas tenían la capacidad de atacarlo directamente.

En el combate terrestre, los cambios tecnológicos fueron más difusos. Para evitar la masacre, las unidades se fraccionaron y utilizaron la infiltración («storm groups» alemanes) e idearon el carro de combate como elemento de protección. Posteriormente, pensadores como Fuller, Liddell Hart, De Gaulle, Guderian, Tukhachevski, especularon sobre el uso independiente o coordinado del arma acorazada que unido a las posibilidades que proporcionaban las comunicaciones por radio, posibilitaron un tipo de guerra móvil para superar el estancamiento de la 1.^a Guerra Mundial.

El libro finaliza con un breve epílogo sobre **La Era Nuclear**, enfatizando que su tenencia otorga al que la posee «un grado de prestigio internacional». Asimismo, el final de la 2.^a Guerra Mundial ha abierto un nuevo campo en la guerra revolucionaria, que se ha extendido a tenor de la descolonización y del comunismo.

El libro concluye afirmando: «Nada ha ocurrido desde 1945 que indique que la guerra, o su amenaza, no es un instrumento todavía efectivo de la política. Contra pueblos que no estén preparados para defenderse por sí mismos, podría ser, incluso, muy efectivo».